

# El patriota<sup>1</sup>

Anni Marcela Garzón-Segura\*

Aquel día, que pisé el aeropuerto, dije “esta es y siempre será mi patria”, sintiendo que salir de mi país, más que ser mi salvación, iba a representar mi muerte. A medida que llegaba a Madrid, todo me parecía extraño. Desde la ventana del avión veía esas montañas arenosas, feas, toscas, frías y no colombianas. Las calles me olían diferente, la gente me parecía diferente, la comida me sabía diferente; pero me tomó un tiempo reconocer que el diferente siempre fui yo.

Siempre me pregunté: “¿Por qué te fuiste?; ¿habrá valido la pena?”. Ahora, en mis pensamientos y sentimientos difusos, no sé por qué elegí estar aquí. Mi vida pasó con nostalgia, que aumentaba con el paso de los años. Cada sabor, olor y visión, pasó a ser cotidiana y me fui mezclando entre la gente, tanto que hubo un momento en el que no pude hallarme. Conseguí trabajo en una librería. Mi función era simple: libros que empezaban con la letra *A* iban para el primer estante; libros con la *B*, para el segundo, y así, algo monótono pero sencillo. Me hice amigo de mi jefe, un español anarquista, que se sintió identificado con lo que él llamaba “esos aires lúgubres”, que, según él, yo tenía. Empezamos a salir con sus amigos, y podíamos durar horas hablando en uno de esos bares de tapas y cañas. Me sentía acompañado: cualquier palabra que saliera de mis labios era una novedad. Nos llamaban “los exiliados”, que aunque parecía referirse a la diversidad de países de la que proveníamos, hablaba de un exilio de la vida, de la muerte y de la gloria, que quizás hubiéramos alcanzado en una vida paralela.

Una tarde, conocí a Sofía, una mujer vaporosa, por no llamarla fugaz e imposible. La amé, la escuché, la quise libre. Por aquella época yo solía juntarme con anarquistas y feministas radicales y leía libros más o menos acordes con mis amistades. Uno de estos era el de una feminista italiana, Carla no sé qué, el libro se llamaba *Escupamos sobre Hegel*. Una tarde se lo presté a Sofía. Léelo, le dije, creo que es muy bueno (tal vez le dije que el libro le iba a servir). Al día siguiente, Sofía, de muy buen humor, me devolvió el libro y dijo que, como ciencia ficción, no estaba mal, pero que, por lo demás, era una porquería.

Ese sólo fue el primero de muchos rechazos, seguí compartiéndole mis libros. Traté con el *Segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, y le dije que este libro sí le iba a encantar, que se sentiría identificada y que, si le gustaba, tenía una selección de libros más grande para ella. Me miró con indiferencia y, dos semanas después, golpeó a mi puerta y me lo entregó. El libro estaba sucio, tenía manchas de café, anotaciones en lápiz y un aroma a pipa; pero ella no dio explicaciones, esta vez no tenía buen humor. Me dijo que no hacía falta que le prestara más libros, que dejara mi basura política y filosófica en mis estantes y que yo era un optimista hipócrita. Sus palabras retumbaron en mí, como sentencia

\* Candidata al Doctorado en Estudios Interdisciplinarios de Género, Universidad de Salamanca. Profesora de la Facultad de Psicología, Universidad Cooperativa de Colombia, Villavicencio, Colombia.

<sup>1</sup> Cuento ganador del Concurso de cuento corto “Roberto Bolaño”, organizado por el Fondo Editorial de la Universidad Cooperativa de Colombia en el marco del *Global Festival 2014*.

de muerte, y así comprendí que Sofía nunca sería mía: ella era de sí misma. Ni anarquismo, ni feminismo, ni mi exilio, ni mi nostalgia me salvarían de ver su figura entrar y salir de mi vida, como el humo de un cigarro entra y sale de los pulmones. Mis sueños de libertad no eran sus sueños, mi estilo intelectualoide, a sus ojos, no era nada distante del de un niño disfrazado de adultez. Empecé a cuestionarme.

Criticar a Hegel, a Marx o a Smith perdió sentido para mí. Anhelar un país del que ya no era nada, perdió sentido. Ser exiliado me producía carcajadas de humillación contra ese personaje de ficción en que me había convertido. Me alejé de todo y de todos, dejé la librería, dejé a los anarquistas y feministas, dejé de leer y, al final, dejé lo más difícil: a ella.

Odiaba depender de ella, oler su aroma en cada pensamiento, verla en cada rostro y sentirla tan dentro de mí. Ya habiéndome deconstruido, comprendí que mi patria ahora era ella, que dejarla era exiliarme de nuevo y que mi hogar siempre había sido ella. Estaba

confundido, pero en un acto de independencia, sintiéndome como el más Bolívar de todos, volví a su casa y llamé a su puerta. Mi corazón ladraba como el perro que saluda a su amo, ella salió vestida de verde, su cabello naturalmente rizado y sus ojos de fuego me atraparon por un instante; pero no cedí. Le dije a gritos que siempre la quise, que la había amado y, de estocada final y en un arrebato que ni yo mismo esperaba, le dije que me regresaba a mi país. Ella sonrió, como ese dios que conoce todo el pasado, presente y futuro y se burla de los humanos que caen en su juego, me besó suavemente y cerró la puerta. Me quede afuera, desarmado, frustrado, solo pero un poco libre. Comprendí que ella había ganado, que yo estaba desbaratado, sin hogar, sin país, sin patria y mi mente, como tirándome un salvavidas desinflado me recordó el fragmento de la película *Martín Hache*: “El que cree que pertenece a un país es un tarado mental, la patria es un invento, uno se siente parte de muy poca gente, tu país son tus amigos y eso sí se extraña”.